

El resto se convertirá. ("Tiempos Nuevos", Valladolid, 23 febrero 1919)

«EL RESTO SE CONVERTIRÁ»

El profeta Isaias era un separatista—así le llama el doctísimo holandés, historiador de la religión judaica, profesor A. Kuenen—y lo era porque, lejos de temer, ansiaba la división de su pueblo, ya que lo que de él quedara se convertiría mejor. «Las reliquias se convertirán, las reliquias de Jacob, al Dios fuerte»—decía— (cap. x, 21). El pueblo empírico, organizado en sociedad política, llevaba en sí «la santa semilla» (vi, 13) de que había de brotar el nuevo pueblo, según el corazón de Jehová.

En tiempo de Jeremías habíase cumplido, no ya la separación, sino la ruina y la cautividad de Israel. Y entonces se levantó ese poderoso profeta, a quien no sabemos por qué se le toma por un quejumbroso y pesimista agorero, a quien Renan le llamó anarquista y que del individualismo se alzó al universalismo, como dice Kuenen. Pero merced a ser judío. Hizo del patriotismo una religión, y así le libertó de lazos térreos—térreos más que terrenales—, de lazos de propiedad.

Porque uno es el patriotismo de los dueños de la tierra patria o de los tenedores de la deuda pública, de que responde el suelo todo nacional, y otro tiene que ser el patriotismo de los sin tierra. Y son éstos los que pueden hacer de él, del patriotismo, que en un pueblo como el judío, no ligado hoy a territorio, se convierta en religión.

En una verdadera religión española, o en la españolidad como religión, y no como patriotismo de hombres dueños de tierra, y por lo tanto de orden, hemos soñado muchas veces. Y ese sentimiento no puede nacer sino en el que lleve, a presión de siglos de historia, la españolidad—no el españolismo—en sí y sienta lo que pueda ser una misión universal, y de justicia, de su patria.

Daríamos, pues, por bien venida la disolución de esta España empírica si con ella se borran esas *personalidades* colectivas burguesas, todas esas nacionalidades hijas de vanidad y del deseo de diferenciarse en grupos los que no se sienten individualmente diferenciados, y de la extrema atomización, del extremo individualismo surgiera el espíritu de universalidad—no ya de internacionalidad—que va tras de los problemas eternos, o más bien tras del problema eterno, que es el del hambre de vivir y de sobrevivir, el de la sed de ser y de persistir y de transmitirse a otros.

Mientras esta España empírica sólo sirva para que unos anden a vueltas con eso de la intangible unidad, entendido al modo de los dueños del solar patrio, y los otros con lo de la federación, que es otra ocurrencia de burgueses terratenientes, esta empírica España no nos servirá más que de estorbo para el

advenimiento de la otra. Ni haremos sino cambiar de caciques y de soberanos.

El único modo de librarse del soberano es buscar cada uno al soberano en sí. Y para ello libertarse del instinto rebañego, sea unitario, sea federal, sea centralista, sea anti-centralista. Este es un pleito que al español que, sin tener un palmo de tierra suya, lleva sobre sí a España, le debe tener sin cuidado.

«El resto—como decía Isaias—se convertirá».



MIGUEL DE UNAMUNO

